

RESEÑAS





IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

.....
SLAVOJ ŽIŽEK, *LA REVOLUCIÓN BLANDA*, Buenos Aires, Atuel/Parrusía, 2004, ISBN 987-20591-2-8
.....

POR RICARDO MENDÍVIL ROJO
UAM *Unidad Iztapalapa*
rojomx@hotmail.com

Cuenta Slavoj Žižek que en la filmación del *Doctor Zhivago* en España, durante el franquismo, mientras se rodaba una escena en la cual los bolcheviques entonaban la internacional, la gente del pueblo aledaño pensó que los comunistas habían derrocado a Franco y esa tarde salió a las calles a celebrar. Con esta anécdota se cierra la “Introducción” de *Quién dijo totalitarismo*, título que evidentemente parodia un eslogan publicitario de *McDonalds*. Žižek dedica este libro a esos “momentos sublimes de la historia.”

Es un autor con sentido del humor. Sin abandonar el pensamiento riguroso, sus obras están repletas de anécdotas curiosas. Los textos del pensador esloveno contienen vericuetos que parecen discurrir entre laberintos del pensamiento lacaniano, hegeliano y marxista, principalmente. Encuentra numerosos puntos de reunión entre estos pensadores. Relaciona la teoría del plusvalor con el plus de goce lacaniano para poder desatar un perspicaz análisis ideológico de las sociedades posmodernas. Se apoya en nociones como la del *universal concreto* hegeliano para explicar cómo en estas sociedades también se articula la idea de capital.

Entre sus digresiones podemos encontrar múltiples referencias a la cultura popular y, sobre todo, al cine, desde Hitchcock hasta *Matrix*, por fortuna estas digresiones regresan más tarde para consolidar la cuestión central de su tema. En la cultura popular parece hallar las articulaciones de los conceptos sobre ideología y política que expone en sus obras.

Žižek es un duro crítico del capitalismo y de muchos de los conceptos que él considera sus productos: el multiculturalismo, la democracia y la tolerancia liberal, el fetichismo

–no sólo de la mercancía, sino también de los afectos– el ciberespacio y la realidad virtual, entre otros. Para él, estas concepciones de la perspectiva posmoderna contribuyen a la propagación del capitalismo global. Inclusive, algunos de los movimientos de resistencia o antiglobalizadores más relevantes parecen mostrar una invisible solidaridad con la lógica del capital.

En un afán casi obsesivo busca cómo se interpreta a los pensadores contemporáneos que apoyan la legitimidad del capitalismo –por ejemplo Deleuze– pero nos advierte: “...las raíces de las malas apropiaciones deben buscarse en el pensador mismo” (p. 18). Inclusive, sin ser un ortodoxo del marxismo recurre a Lenin (*Repetir a Lenin* es otro libro muy recomendable de Žižek) y en especial a ciertas actitudes que tomó frente a problemas específicos para buscar una alternativa radical a la situación global que enfrentamos en la actualidad.

La revolución blanda es un libro corto pero intenso. Hay momentos en los cuales parece faltar algo en la argumentación; para completarla, desafortunadamente, tenemos que recurrir a otros textos del mismo autor, en donde la exposición es más detallada y explícita. Pero aquí reside su intensidad, en la recopilación de muchas de sus ideas sobre cómo los movimientos actuales de resistencia o antineoliberales hacen el juego al poder hegemónico.

Una revolución blanda es aquella que no logra romper con el orden que la subyuga. Es la que cambia las cosas para que la totalidad permanezca igual: “¿Somos concientes de que estamos en medio de una ‘revolución blanda’, en la cual se están transformando las reglas no escritas que determinan la lógica internacional más elemental?” (p. 75). Habría que pensar, entonces, fuera del marco estructural del capitalismo para poder realizar un acto capaz de trascender la revolución blanda, puesto que la resistencia al capitalismo reproduce los mismos antagonismos, despliega una actitud ontológica idéntica y ayuda a la transformación blanda de la sociedad contemporánea.

El libro inicia con una descripción de un *yuppie* leyendo *¿Qué es la Filosofía?* de Deleuze. Relata cómo un texto que originalmente fue escrito en contra de personajes como los *yuppies* es retomado por ellos. Esto es posible gracias a que las perspectivas de éstos y las de autores como Deleuze coinciden con la del mercado actual. El *yuppie*, mientras lee a Deleuze, halla correspondencia entre su modo de pensar, por ejemplo la publicidad, y la subjetividad en Deleuze: “...lee acerca de la imitación impersonal de los afectos, acerca de la comunicación de las intensidades afectivas por debajo del nivel del sentido (!Sí, así diseño mis publicidades!)” (pp. 11-12). Éste será su punto de partida para caracterizar al capitalismo de nuestros días como “el mercado de los excesos”. Lo que busca el capital vigente es intensificar y diversificar los afectos para poder extraer un plus de goce y, de este modo, producir un plus de valor. No importa lo que se intensifique o produzca, siempre y cuando se tenga que pagar por ello. La diversidad es elemental para generar un buen mercado.

La tendencia original del capitalismo fue la centralización, homogeneización, consolidación, la cual se ve invertida por su propia inercia. Lo que ahora se representa como su resistencia –la diversificación, devolución del poder, movilización de la creatividad local, la autoorganización– se vuelve su *modus operandi*; como señala Žižek: “¿no es la anti-centralización el tópico del ‘nuevo’ capitalismo digitalizado?” (p. 15). Aquí incorpora su reproche a Naomi Klein, quien, mientras opone la diversificación como arma en contra del capital global, no puede reconocer que esta actitud es la que se esconde detrás del poder al que propone resistir.

Más adelante encontramos un análisis y crítica a la obra *Imperio* de Antonio Negri y Michael Hardt. Para estos autores, la multitud es la fuerza que puede resistir y reorganizar el poder, lo impuesto, lo uno, de una forma mucho más democrática. Esta noción es tomada desde una perspectiva optimista, ya que Žižek insiste: “la completa indecibilidad de la masa, en tanto ‘masa’ designa cierto mecanismo que engendra los vínculos sociales, y es *este mismo* mecanismo el que puede sostener, por ejemplo, la formación entusiasta de solidaridad social y la diseminación explosiva de la violencia racista” (pp. 42-43). Se olvida que la multitud es también la fuente de excesos peligrosos, inclusive para la democracia. Por otro lado, también es la multitud una concepción engendrada por el poder centralizado.

En todo el libro encontramos ejemplos de cómo la revolución blanda se materializa con las aspiraciones de movimientos que desean cambio, pero que no están dispuestos a socavar radicalmente el poder. Un caso muy cercano al respecto es el del neozapatismo, representante prototípico “del nuevo y disperso contrapoder de la multitud” que está constreñido por las limitantes de la multitud. No pretende asir el poder porque esa multitud sería irreconciliable en sus intereses, y además correría el riesgo de caer en la figura del líder autoritario.

Žižek expone la ambigüedad del neozapatismo, que lo convierte en parte de la revolución blanda. En su programa llama a recuperar los vacíos del poder para formar focos de autoorganización. ¿Deben ser estos focos centros de mera resistencia? o ¿deben ser el sitio donde se instalen los cimientos para una posible revolución? ¿Debe remplazarse el poder estatal existente o sólo permanecer como un “correctivo” a esta situación de olvido y marginación? ¿Se deben buscar las condiciones para hacer desaparecer a ese poder o no? Žižek no ve respuestas claras.

Todos los géneros que con tolerancia el zapatismo reúne son producto de la marginación capitalista. Sin el capitalismo como significante central privilegiado ¿qué pasa con todas esas identidades? ¿pueden desplazar al poder capitalista sin ser mediadas por él?

Su actitud ha tenido una consecuencia irónica. Lo que Klein ve como un triunfo, ayudar a quitar al Partido Revolucionario Institucional (PRI) del poder, trajo como consecuencia la entrada del Partido Acción Nacional (PAN) (siendo Fox un claro representante de los intereses transnacionales).

Escapar a la lógica del capital no es fácil para nuestro autor, pues se le encuentra como mediadora de todos los ámbitos donde se presenta el intercambio y el fetichismo. En muchos sentidos, entre más ignoremos su presencia, entre más queramos negar su control con simples *mantras* sobre la multitud, la alteridad, etcétera, estamos más en peligro de reproducir su lógica inadvertidamente: “Más que nunca, el Capital es el ‘universal concreto’ de nuestra época histórica. Esto significa que, aunque se trata de una formación particular, sobredetermina todas las formaciones alternativas, así como todos los estratos no económicos de la vida social” (p. 15). No podemos negar el poder mediador del capital en tanto que concebimos la identidad y la alteridad de una manera fetichizada, este *universal concreto* continuará haciendo su trabajo bajo la forma del mercado.

En el capítulo “La farsa liberal”, el autor reprocha a la izquierda socialdemócrata su “oportunismo de principio”. Mientras conserva sus principios en términos nominales, negocia la totalidad de su programa político y económico y termina haciendo el trabajo que los conservadores no pueden llevar a cabo. Inclusive llega a decir que sólo bajo la bandera de la socialdemocracia se puede ser en realidad un capitalista global.

Vemos entonces que para Žižek no hay respuestas fáciles, pues desconfía del inmediatismo de las acciones de la revolución blanda. Nos llama a pensar con seriedad todas las contradicciones y a repensar de manera radical el proyecto de izquierda para no caer en el fatalismo de aceptar incondicionalmente el advenimiento del capitalismo global neoliberal.